

La imposibilidad de hacer un arte superior.

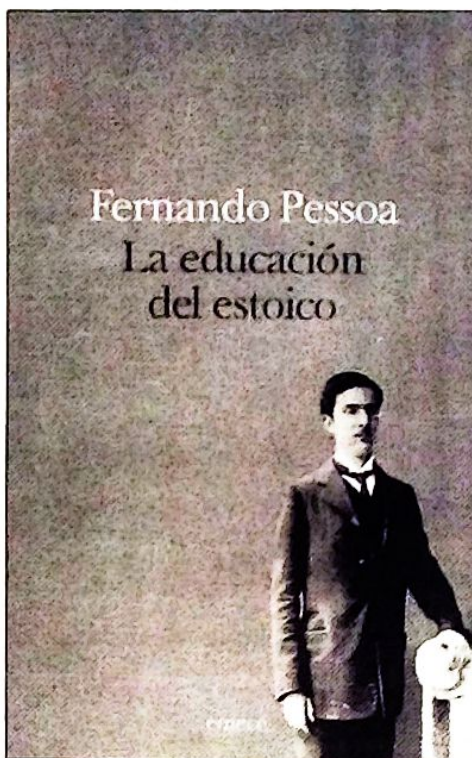
Fragmentos del Cuaderno Negro

El único manuscrito del barón de Teive.

Cualquiera que sea el secreto del misterio de las cosas, él es, por cierto muy complejo; o, si es muy simple, es de una simplicidad que no tenemos facultad que vea. Contra la mayoría de las doctrinas filosóficas tengo la queja de que son simples; el hecho de querer explicar es prueba suficiente de eso, pues explicar es simplificar.

Por fantástica que sea la teoría del mal de Soame Jenyns (Inglaterra 1704-1787), no es al menos absurda, como lo es la doctrina de un dios omnipotente y bueno, pero creador del mal, porque lo es de todo. La hipótesis de Soame Jenyns tiene, aun, la ventaja - tal vez ilusoria, aunque aparente - de la analogía; así como intervenimos - unas veces para bien de ellos, otras para mal; unas tal vez para bien suponiendo que es para mal y viceversa - en la vida de los seres inferiores a nosotros, así se puede conceder que procedan para con nosotros seres que nos son tan superiores como lo somos a los ganados de nuestros campos o a las aves de nuestros aires. Me figuré una vez - más por especulación ociosa que por experiencia - que bien podía ser que, como la vida es la ley de todo, la muerte representase siempre una intervención ajena, que no hubiese muerte sino violenta. Unas son visiblemente violentas y muchas de ellas nosotros mismos las causamos; otras, las que llamamos naturales serían igualmente violentas, pero por intervención de entes imperceptibles a nuestros sentidos. Así como las naciones, aunque muy decadentes, no acaban sino por invasiones y violencias ajenas, así las vidas no acabarían de otro modo. El mismo suicidio - me figuré en el curso de este devaneo lógico - sería tal vez una compulsión ajena; ninguna vida espontáneamente se mataría, pero en el suicidio resolvería la muerte de fuera por simple medio de sí misma. Me habría olvidado de toda especulación sin rigor si ella no me hubiese salvado del suicidio una vez, hace ya tiempo - poco tiempo después de formarme. Mi vida se exacerbaba en angustia, pero la vaga posibilidad de que ese concepto mío fuera cierto - pues tanta posibilidad de ser cierto había en él como en cualquier otro - y la resistencia para, si él fuera cierto, practicar un acto heroico y emisario - esto, de veras, me apartó, no puedo decir si con utilidad, del paso que al final quedó postergado hasta ahora.

Nunca pude convencerme de que podía, o de alguien seguramente podría, dar alivio



cierto o profundo, y mucho menos cura, a los males humanos. Pero, nunca, tampoco, pude quitar de ellos el pensamiento; la más pequeña angustia humana - más, la más breve imaginación de ella - siempre me angustió, me trastornó, me quitó el poder de concentrarme y de egotizarme. El convencimiento de la futilidad de toda la terapéutica para el alma debería, por cierto, elevarme a un pináculo de indiferencia, entre el cual y las agitaciones de la tierra velasen del todo las nubes de aquel mismo convencimiento. El pensamiento, sin embargo, poderoso como es, nada puede contra la rebeldía de la emoción. No podemos no sentir, como podemos no andar. Así asisto, y asistí, siempre desde que me recuerdo sintiendo con las emociones más nobles, al dolor, la injusticia y la miseria que hay en el mundo del mismo modo que asistiría un parálítico al ahogarse de un hombre que nadie, aunque capacitado pudiera salvar. El dolor ajeno se volvió en mí más que un solo dolor - el de verlo, el de verlo irreparable y el de saber que el conocerlo irreparable me empobrece hasta de la nobleza inútil de querer tener los gestos de repararlo. Mi falta de impulso fue siempre, al final, la fuente del origen de todos estos males: el no saber querer antes de pensar, el no saber entregar-

me, el no saber decidir del único modo cómo se decide - con la decisión, que no con el conocimiento - asno de Buridán muriendo en la bisectriz matemática del agua de la emoción y de la paja del esfuerzo, pudiendo si no pensarse, morir sí, aunque no de hambre ni sed.

Todo cuanto pienso o siento, inevitablemente se me vuelven modos de inercia. El pensamiento, que en otros es una brújula de la acción, es para mí un microscopio de ella, que me hace ver universos por atravesar donde un paso bastaría para trasponer - como si el argumento de Zenón, de la intrasponibilidad de cada espacio, que, por ser infinitamente divisible, es pues infinito, fuese una droga extraña con que me hubiesen intoxicado el organismo espiritual. Y el sentimiento, que en otros se introduce en la voluntad como la mano en el guante, o la mano en la empuñadura de la espada, fue siempre en mí otra manera de pensar - fútil como una rabia con la que temblamos hasta no poder movernos, especie de pánico de la exaltación que, como el pánico, deja pegado en el suelo al medroso a quien el mismo miedo debería hacer huir.

Toda mi vida ha sido una batalla perdida en el mapa; la cobardía ni siquiera fue en el campo, donde tal vez no la tuviese, sino en la oficina del jefe del Estado Mayor y de él a solas con su convicción de la derrota. No se osó el plan porque iba a ser imperfecto; no se osó volverlo perfecto, aunque no pudiese realmente serlo, porque la convicción de que no sería perfecto quebró la voluntad con que él, aunque imperfecto, siempre se podría intentar. Ni me ocurrió nunca que el plan, aunque imperfecto, podía ser más perfecto que el del enemigo. Es que mi verdadero enemigo, victorioso contra mí desde Dios, era aquella misma idea de perfección, que me enfrentaba antes que todas las tropas del mundo en la vanguardia trágica de todos los armados del mundo.

Fernando Pessoa